



Notas sobre la taxonomía, la antropología y la primatología de Carlos Linneo (1701–1778)

Notes on the taxonomy, anthropology and primatology of Carl Linnæus (1701–1778)

Xabier Zabaltza^(*)

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (EHU)
<https://orcid.org/0000-0001-8743-3084> xabier.zabaltza@ehu.eus

PALABRAS CLAVE

Reinos de la Naturaleza,
Gran Cadena del Ser,
«razas» humanas,
primates, Proyecto Gran
Simio

RESUMEN

Utilizando una metodología multidisciplinar, que intenta aunar lo mejor de las tradiciones científica y humanista, este trabajo profundiza en las concepciones, y también en los prejuicios, de Carlos Linneo (1701–1778) en los ámbitos de la antropología y de la primatología. Heredero de la larga tradición sobre la Gran Cadena del Ser y fundador de la taxonomía moderna, el naturalista sueco nombró miles de especies de animales y plantas. Siempre en latín, clasificó, además, los minerales y otros muchos objetos, incluyendo las supuestas razas humanas. En este estudio se le considera como un precursor del Proyecto Gran Simio, que pretende extender unos derechos mínimos más allá del *Homo sapiens*.

KEYWORDS

Kingdoms of Nature,
Great Chain of Being,
Human 'races', Primates,
Great Ape Project

ABSTRACT

Using a multidisciplinary methodology, which attempts to bring together the best of the scientific and humanist traditions, this work explores the conceptions, and also the prejudices, of Carl Linnæus (1701–1778) in the fields of anthropology and primatology. Heir to the long tradition of the Great Chain of Being and founder of modern taxonomy, the Swedish naturalist named thousands of species of animals and plants. Always in Latin, he also classified minerals and many other objects, including the supposed human races. In this study he is seen as a forerunner of the Great Ape Project, which aims to extend minimum rights beyond *Homo sapiens*.

1. INTRODUCCIÓN

El botánico y micólogo estadounidense Edward Lee Greene (1843–1915) escribió en cierta ocasión que la taxonomía es “en todos los lugares tan antigua como el lenguaje” (Ragan, 2023, 5)¹. Desde que el tiempo es tiempo, nuestra especie ha mostrado interés por clasificaciones de toda índole, sobre todo, por las que se refieren a ella misma. El propio libro del Génesis (II, 20), que durante siglos determinó en los países de tradición judeo-cristiana la relación de los humanos con las otras especies, narra que “El hombre impuso, pues,

^(*) Autor de correspondencia / Corresponding author

¹ La traducción es nuestra.



nombres a todos los ganados, a *todas* las aves del cielo y a todas las bestias salvajes”². Y si hay una persona cuyo nombre esté asociado para siempre con la taxonomía esa es Carlos Linneo (1701–1778).

El sentido de este trabajo es profundizar en algunos aspectos del pensamiento del gran naturalista sueco y contribuir con ello a los estudios linneanos. A nuestro juicio, esa aproximación tiene que ser multidisciplinar, muy lejos de la especialización académica que se ha impuesto en los últimos tiempos, pues no solo afecta a las diversas ramas de la biología, sino también a la filosofía, la historia, la filología, la etnografía y la mitología. Con nuestras limitaciones, intentaremos combinar lo mejor de las tradiciones científica y humanista de la civilización occidental. La obra escrita de Linneo fue inmensa, lo que nos obliga a centrarnos en nuestros objetos de estudio, la antropología (sobre todo, su clasificación de las «razas» humanas) y su ciencia hermana, la primatología, y a renunciar a incursiones en terrenos pantanosos en los que podríamos perdernos fácilmente. Y es que solo los títulos de las publicaciones linneanas ocupan siete páginas en el clásico estudio de Pulteney (1805 [1781], 566–572), que todavía no ha sido superado. Se conservan, además, unas dos mil cartas suyas. Todo por no hablar de la literatura secundaria, inabarcable incluso para los especialistas. Linneo llegó a ser muy conocido en España y en las Indias, como prueba la temprana traducción de su obra botánica, realizada por Palau y Verdera (Linneo, 1784–1788). Hoy en día, en cambio, no hay ningún trabajo del autor sueco disponible para el lector hispanohablante medio. Existen, además, muy pocas monografías sobre él en castellano, aunque, eso sí, magníficas, en concreto, la de Blunt y Stearn (1982 [1971]) y la de Roberts (2024). Dadas las carencias, pese a que queda ya algo lejos en el tiempo, fue muy de agradecer el ciclo de conferencias que, organizado por la Consejería de Medio Ambiente y Desarrollo Regional, la Fundación Berndt Wistedt y el Real Jardín Botánico, tuvo lugar en Madrid en 1998, dentro del proyecto «Encuentros Históricos España-Suecia» (Martínez Ruiz y De Pazzis Pi Corrales, 1998).

2. LOS TRES REINOS

Todo estudio que se precie sobre el padre de la taxonomía científica, y este no va a ser una excepción, debe dedicar unas líneas a aclarar su nombre, que, pese a los múltiples esfuerzos, sigue reproduciéndose de modo incorrecto. Fue bautizado en sueco como *Carl Linnæus*, pero, desde su ennoblecimiento en 1761, fue conocido, en una exótica mezcla de francés y alemán de su elección (Roberts, 2024, 236), como *Carl von Linné*. En latín, lengua en la que escribió la mayor parte de sus obras y que era al menos entendida por los europeos cultos de su época, firmó *Carolus Linnæus* hasta 1761 y *Carolus a Linné* desde entonces. *Karl Linné* es una ultracorrección nacionalista sueca de principios del siglo XX (Koerner, 1999, 181–182). En castellano se le ha llamado siempre «Carlos Linneo», como consta en las traducciones dieciochescas de sus obras realizadas por Antonio Palau.

Es difícil exagerar la influencia que ha tenido Linneo en la historia de la ciencia desde que en 1735 publica la primera edición de *Systema Naturæ*. Un folleto de apenas doce páginas, el *Systema* era un intento de clasificación de los reinos animal, vegetal y mineral. Esa división tripartita resultaba entonces revolucionaria porque, durante milenios, lo que había primado en todas las culturas, incluyendo la griega y, a partir de ella, en la civilización occidental, había sido la partición binaria entre seres vivos e inertes (Geoffroy Saint-Hilaire, 1854–1862, II, 6–10). Sin embargo, tal innovación no fue idea suya, puesto que había sido difundida por los alquimistas del siglo XVII. Los tres reinos aparecen ya, por ejemplo, en *De lapide philosophorum*, de Michał Sędziwój (Michael Sendivogius) en 1604: “natura in tria regna divisa est ... Est regnum minerale, vegetabile & animale” (Ragan, 2023, 156). Posteriormente Linneo incluiría los tres en el Imperio de la Naturaleza (*Imperium Naturæ*), igual que había hecho otro alquimista, Jean Colleson, en 1631 (Linnæus, 1758–1759 [1735], I, 5–8; Geoffroy Saint-Hilaire, 1854–1862, II, 21). Como Aristóteles dos milenios antes que él, Linneo colocó a los seres humanos entre los animales, pero, a pesar de ambos, durante mucho tiempo gozó de gran predicamento un cuarto reino, que tuvo muchos nombres, exclusivamente para nuestra especie. Por ejemplo, el iluminista occitano Antoine Fabre d’Olivet (1822) lo denominó *Règne hominal*.

La duodécima edición del *Systema* (1766–1768), la última que se publicó antes de la muerte de su autor, consta de 2.400 páginas en tres tomos. El primer tomo de la décima (1758) se considera el inicio de la zoología moderna, pues en él estableció definitivamente para los animales la nomenclatura binominal (género y especie). Por la misma razón, el punto de partida de la botánica moderna se ha solido situar en 1753, en su libro *Species Plantarum*. Entre el género y la especie interpuso la clase y el orden. Linneo no inventó esas

² La traducción es de Francisco Cantera Burgos.

categorías, pero las utilizó de modo sistemático. Por ejemplo, la distinción entre género (*génos*, en griego) y especie (*eídos*) se remonta en último término a Platón, aunque con un sentido muy diferente (Rudebusch y Muniz, 2023). En cuanto a la nomenclatura binominal, una de las grandes aportaciones a la historia de la ciencia, se supone que es un descubrimiento de Linneo de 1748, pero antes que él ya la habían utilizado ocasionalmente, entre otros, Charles de l'Écluse (Carolus Clusius, 1526–1609) y Walter Charleton (1619–1707) (Koerner, 1999, 47; Ragan, 2023, 206; Roberts, 2024, 193).

Pese a que nunca pronunció unas palabras que se le han atribuido (“Deus creavit, Linnæus disposuit”) (Lindroth, 1994 [1983], 22; Lidén y Morrison, 2018), el autor sueco se veía a sí mismo como un nuevo Adán con la misión de poner nombre a todos los seres, vivos e inertes (Lindroth, 1994 [1983], 25–26; Koerner, 1999, 24). Según su cálculo, el número total de especies no debía superar las 40.000, por lo que veía factible culminar la clasificación de todas ellas a lo largo de su vida (Koerner, 1999, 45; Roberts, 2024, 247). Siempre en latín, en total atribuyó un nombre científico a 7.700 especies de plantas y 4.400 especies de animales (y 500 de minerales) (Blunt y Stearn, 1982 [1971], 260; Koerner, 1999, 30; Barsanti, 2005, 69; Boenigk et al., 2015, 232). Paradójicamente nunca definió qué es una especie (Callot, 1963, 119) y, menos aún, las categorías supraespecíficas. De hecho, en multitud de ocasiones se contradijo a la hora de clasificar algunas especies en un reino o en otro.

Durante gran parte de su existencia Linneo pensó que todas las especies fueron creadas por Dios hace unos pocos miles de años y que son inmutables: no pueden surgir, modificarse, ni extinguirse. No conoció la teoría de la evolución, que no sería publicada por Darwin y Wallace hasta 1858. Sin embargo, en sus últimos años empezó a sospechar que algunas especies podían surgir por hibridación (Eriksson, 1994 [1983], 95–98, 108; Lindroth, 1994 [1983], 24, 42–44; Koerner, 1999, 44; Barsanti, 2005, 75; Ragan, 2023, 251; Roberts, 2024, 260). También admitiría que, por medio de la metamorfosis, algunas plantas podían transformarse en animales y algunos animales, en plantas (Ragan, 2023, 251–255).

Como se habrá intuido ya, Linneo era una persona de una candidez supina que daba pábulo a todas las leyendas populares. En las cinco primeras ediciones del *Systema* (1735–1747) incluyó entre los *paradoxa* criaturas míticas como la hidra, el dragón, el unicornio, la sirena, el sátiro, el fénix, el pez rana, el escarabajo del reloj de la muerte, el cordero vegetal de Tartaria, el árbol de gansos, el pelícano [*sic*], la mantícora (la versión persa de la quimera), el «antílope» (una bestia salvaje del Éufrates) y el *lapis judaicus* (un talismán para alejar a los malos espíritus) (Linnæus, 1735; Broberg, 1994 [1983], 177; Lindroth, 1994 [1983], 37–38; Barsanti, 2005, 67–68; Ragan, 2023, 172, 557, nota 58; Roberts, 2024, 58–60, 122). Ya se verá que no eran los únicos seres imaginarios que pululaban su mente.

Así que, en la décima y determinante edición de *Systema Naturæ* (1758), Linneo definió el lugar del ser humano en el Imperio de la Naturaleza. Este comprende tres reinos, entre los cuales se encuentra el de los animales. Dicho reino incluye seis clases. Una de ellas, la de los mamíferos, se divide en ocho órdenes, entre ellos, el de los primates. Como se verá, tal orden abarca, siempre según Linneo, cuatro géneros, uno de ellos, *Homo*, que, a su vez, alberga dos –¿o quizá tres?– especies, entre las cuales *Homo sapiens* es la que corresponde a la Humanidad. Finalmente, el *Homo sapiens* presenta seis variedades, cuatro de carácter geográfico y dos consideradas teratológicas. Toda la secuencia puede resumirse así:

Imperium Naturæ: tres reinos, de los cuales
Regnum Animalia: seis clases, de las cuales
Classis Mammalia: ocho órdenes, de los cuales
Ordo Primates: cuatro géneros, de los cuales
Genus Homo: dos (¿o tres?) especies, de las cuales
Species Homo sapiens: seis variedades, de las cuales cuatro geográficas y dos teratológicas

3. LAS SUPUESTAS RAZAS HUMANAS

En 1758, en la décima edición de *Systema Naturæ*, Linneo bautizó nuestra especie con la denominación binominal *Homo sapiens*, aunque en la misma obra también aparece la expresión *Homo diurnus*. La dividió en seis variedades, de las cuales cuatro se corresponden con sendos continentes y colores:

[*Homo sapiens a*]mericanus. a. colorado, colérico, erguido.
 Cabello negro, recto, craso; Nariz plana; Cara efelítica [pecosa], Mentón casi sin barba.
 Pertinaz, alegre, libre.
 Se pinta con imbricadas líneas rojas.

Se gobierna por la Costumbre.
[Homo sapiens e]uropæus. β. blanco, sanguíneo, musculoso.
Cabello rubio y abundante. Ojos azules.
Ligero, muy agudo, inventivo.
Se cubre con Vestidos ajustados.
Se gobierna por las Leyes.
[Homo sapiens a]siaticus. γ. amarillo [*luridus*], melancólico, rígido.
Pelo moreno. Ojos oscuros.
Severo, fastuoso, avaro.
Se cubre con Vestidos sueltos.
Se gobierna por la Opinión.
[Homo sapiens a]fer. δ. negro, flemático, laxo.
Cabello negro y rizado. Piel holosérica [sedosa]. Nariz chata. Labios hinchados. Las mujeres tienen
sinus pudoris [labios vaginales alargados]; Pechos grandes para amamantar.
Astuto, vago, negligente.
Se unge con grasa.
Se gobierna por la Arbitrariedad (Linnæus, 1758–1759 [1735], I, 20–22)³.

Como muchos otros, antes y después que él, Linneo atribuía una enorme trascendencia a la tonalidad clara de la piel, un elemento irrelevante para discernir el origen de una población humana concreta, puesto que “la distancia biológica entre dos «personas blancas» puede ser mayor que entre una «persona blanca» y otra «de color»” (Valls, 1980, 254). En la Antigüedad clásica la esclavitud solía ser consecuencia de la guerra y de la conquista, no de la coloración de la epidermis. Sin embargo, pronto se produjo una vinculación entre ambas. Por ejemplo, ya en el siglo VI, el filósofo neoplatónico Juan Filópono escribe: “El etíope y el escita ... uno es negro, el otro blanco; igualmente esclavo y amo” (Goldenberg, 2017, 84)⁴. En lo que a Linneo respecta, el *Homo sapiens afer* y, no digamos ya, los «hotentotes» (los khoekhoe de las modernas Namibia, Botsuana y Suráfrica), son inferiores a las demás variedades humanas. El sueco no estaba solo en sus divagaciones. Otros pensadores «ilustrados», como el francés François-Marie Arouet, más conocido como «Voltaire» (1694–1778), el británico Edward Long (1734–1813) y el estadounidense Samuel Stanhope Smith (1751–1819), entre otros muchos, pensaron que los «hotentotes» ocupaban el eslabón inmediatamente anterior a los simios en la Gran Cadena del Ser, de la que hablaremos enseguida (Hudson, 2004, 329, nota 2).

Así es que la identificación de las personas de origen subsahariano con el color negro, como las de origen europeo con el blanco, se retrotrae muchos siglos atrás. Sin embargo, cabe atribuir a Linneo el dudoso mérito de haber contribuido decisivamente a la invención de las «razas» amarilla y colorada. Un siglo antes que él, el historiador y geógrafo alemán Georg Horn (Georgius Hornius, 1620–1670), que tal vez se basaba en fuentes rabínicas, había asociado cada uno de los tres hijos del bíblico patriarca Noé con un color: los «negros» proceden de Cam, los «amarillos» de Sem y los «blancos» de Jafet, a quienes corresponden tanto Europa como América (Borst, 1995 [1957–1963], III, 1306). Así que los «indios» no se habían convertido todavía en «pieles rojas». En 1735, en la primera edición de *Systema Naturae*, cuando todavía no utilizaba la nomenclatura nominal, Linneo denominó *fuscus*, ‘oscuro’, al humano asiático. En la décima edición, de 1758, cuando ya la aplicaba sistemáticamente, cambió su descripción a *luridus*, ‘pálido’ o ‘amarillento’. Como contrapunto, Marco Polo (1254–1324), Tomé Pires (c.1465–c.1540), François Bernier (1620–1688) y el gran rival de Linneo, Georges-Louis de Buffon (1707–1788), entre otros, habían considerado «blancos» a los habitantes de China y otras partes de Asia (Skott, 2019, 223; Roberts, 2024, 146, 233).

Otro punto que llama la atención es que, en la edición de 1758, es el *Homo sapiens americanus* el que ocupa la cima de la Creación, mientras que en la de 1735 había colocado al europeo. En este cambio de opinión resultó determinante uno de sus discípulos, Pehr Kalm (1716–1779), que había estado en contacto con los indígenas del Nuevo Continente y transmitió a su maestro una imagen de ellos que se corresponde con el ideal del «buen salvaje» (Skott, 2019, 224). Es posible, además, que Linneo conociera la etimología hebrea que relaciona el nombre del primer hombre según el Génesis, *Adam*, que significa precisamente ‘hombre’, con *adom*, ‘rojo’ (Graves y Patai, 1969 [1963], 65), y que pensara que los primeros humanos fueran de ese color, a partir del cual, en un proceso de degeneración paulatina, se hubieran convertido en «blancos», «amarillos» y «negros». Por ello mismo, no creemos necesario recurrir a los cuatro «humores» de Hipócrates (sangre roja, flema blanca, bilis amarilla y bilis negra) para explicar la clasificación linneana de las supuestas razas humanas (Roberts, 2024, 145).

³ La traducción es nuestra.

⁴ La traducción es nuestra.

El origen de la palabra «raza» dista mucho de haber sido explicado. El término existe en varias lenguas europeas, entre ellas el castellano, desde la Baja Edad Media (Gómez-Bravo, 2020). Pero Linneo, que solo hablaba sueco y latín, no lo emplea nunca. Tampoco su seguidor Johann Friedrich Blumenbach (1752–1840), quien escribía en latín y en alemán y cuya clasificación de las variedades humanas está todavía vigente, al menos en parte, en los Estados Unidos: «caucásicos» («blancos»), «mongoles» («amarillos»), «etíopes» («negros»), «(nativos) americanos» y «malayos» (Borst, 1995 [1957–1963], III, 1535; Groves, 2008, 106; Skott, 2019, 233; Roberts, 2024, 338–339). Con todas las reservas, parece que fue Buffon quien introdujo el concepto en la antropología, en francés (Valls, 1980, 32).

En opinión de Linneo, además de las cuatro variedades de *Homo sapiens* citadas, existen otras dos. Una de ellas es el *Homo sapiens ferus*, en la que incluye a los niños salvajes, por ejemplo, los dos supuestamente encontrados en los Pirineos en 1719, que menciona Jean-Jacques Rousseau (1712–1778) (Aroles, 2007, 232). En la décima edición del *Systema* (1758) recogió seis de tales presuntos casos; en la duodécima (1766), nueve (1758–1759 [1735], I, 20; 1766–1768 [1735], I, 28). La otra es el *Homo sapiens monstrosus*, constituida por las personas que, según el autor sueco, son anormales:

[*Homo sapiens m*]onstrosus. De modo natural (a) de modo artificial (b, c).

a. *Alpinos* enanos, ágiles, tímidos.

Patagónicos gigantes, perezosos.

b. *Monórquides* [de un solo testículo] para ser menos fértiles: los hotentotes.

Niñas muy delgadas [*junceæ*] con abdomen enflaquecido: las europeas.

c. *Macrocéfalos* [de cabeza grande] con cabeza cónica: los chinos.

Plagiocéfalos [de cabeza oblicua] con cabeza aplastada por delante: los canadienses (Linnæus, 1758–1759 [1735], I, 22)⁵.

En total, la variedad «monstruosa» estaría constituida por seis tipos diferentes, cuatro «naturales» y dos «artificiales», que confirman la credulidad y el gusto por lo exótico del padre de la nomenclatura nominal. Con los «alpinos enanos» Linneo se refería a los lapones o sámi, habitantes de los *Alpes Laponiæ*, en torno al círculo polar ártico, por los que sentía una mezcla de admiración y desprecio (Blunt y Stearn, 1982 [1971], 265; Koerner, 1999, 57, 68–76, 126). Los patagones son los aonikenk o tehuelches de Argentina, contactados por primera vez por los europeos en 1520, durante la expedición de Magallanes, y a los que el veneciano Antonio Pigafetta (c.1491–c.1531), testigo directo, atribuyó una estatura descomunal (Urbina Carrasco y Pimentel Igea, 2020). La idea de que a los hombres «hotentotes» se extirpaba un testículo se documenta ya en el explorador alemán Peter Kolb (1675–1726) (Hudson, 2004, 320). Se ha supuesto que con *junceæ* Linneo aludía a las gemelas siamesas, *conjoined twins*, en inglés (Groves, 2008, 91), pero, en ese caso, debería ser *junctæ* o algo parecido. Si era una errata, nunca la corrigió, porque así continuó apareciendo hasta la duodécima edición del *Systema* (aunque la mención fue suprimida por Gmelin en la decimotercera, tras la muerte de Linneo), así que resulta más probable que tuviera en mente a las jóvenes europeas con un cuerpo deformado a causa del corsé (Koerner, 1999, 71), lo que, además, es congruente con los demás casos de «monstruosidad» inducida, esto es, no congénita. Por otra parte, resulta incomprensible que, tras haber sido uno de los inventores de la «raza» amarilla, excluya de ella a los millones de chinos que utilizan el *dǎuli*, el sombrero cónico tradicional (porque es el sombrero, no la cabeza, el que tiene forma de cono), para incluirlos en la variedad «monstruosa» del *Homo sapiens*. Finalmente, los «canadienses» tienen que ser los esquimales o inuit, que imagina con cabeza aplastada y oblicua. Aunque acertó al considerarlo más un rasgo medioambiental que genético, en Linneo aparece de modo embrionario el concepto de «índice cefálico», que, introducido unas décadas más tarde por su compatriota Anders Jahan Retzius (1796–1860), sería, junto con el color de la piel, el criterio principal para establecer la existencia de supuestas razas humanas (Poliakov, 1987 [1971], 299).

A pesar de no utilizar nunca la palabra «raza», la clasificación de los humanos de Linneo es puramente racista y participa, además, de otros muchos prejuicios, lo cual era casi inevitable en la época que le tocó vivir. La llamada «Ilustración» europea fue en realidad una era de oscuridad, sobre todo en los demás continentes, en los que imperaron, entre otras lacras, la esclavitud, el tráfico transahariano y transatlántico de personas y el colonialismo. Sin embargo, hay que valorar en su justo término la actitud de Linneo, ya que reunió en una sola especie a todos los seres humanos de carne y hueso. Autores que vivieron mucho después que él, como Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent (1827 [1825], II, 255–259) y Johann Baptist Fischer (1830

⁵ La traducción es nuestra.

[1829], 330–333) los clasificaron en varias especies. Más lejos fueron incluso Ernst Haeckel (1889, 742) y Giuseppe Sergi (1911, 414–416), que los reunieron, no ya en especies distintas, sino en géneros distintos. El caso de Haeckel es realmente sorprendente, pues era un científico de primer orden. Fue él (1866, I, 202–203) quien nombró el tercer reino de la Vida tras los de *Animalia* y *Plantæ*, el de los *Protista*, los organismos de una sola célula (con núcleo), y quien (1877 [1874], 412) estableció entre el reino *Animalia* y la clase *Mammalia* el filo *Chordonia*, hoy llamado *Chordata* o ‘cordados’, esto es, vertebrados y afines. El evolucionismo, lejos de reducir el racismo imperante en Europa durante siglos, contribuyó a aumentarlo, al darle una pátina pseudo-científica y al difundir el polifiletismo, esto es, la creencia errónea en que cada una de las supuestas razas humanas proviene de una especie diferente de simio, rompiendo así con la tradición bíblica, según la cual todos los seres humanos proceden de una sola pareja primordial. Por ejemplo, el naturalista alemán Theodor Arldt (1878–1960) afirmaba que los europeos descienden del chimpancé, los africanos del gorila y los asiáticos del orangután (Vallois, 1929, 78).

4. LA GRAN CADENA DEL SER

Hemos señalado que Linneo clasificó a todos los humanos de carne y hueso en una sola especie. Pero eso solo es una parte de la verdad, ya que el *Homo sapiens* u *Homo diurnus* no fue la única especie humana descrita por él en 1758. También estableció la especie *Homo troglodytes* u *Homo nocturnus* (1758–1759 [1735], I, 24). Si bien *Pan troglodytes* es la denominación científica actual del chimpancé, el *Homo troglodytes* de Linneo, cuyo nombre remite a Plinio (V, 45; VII, 23, 31; VIII, 26, 32; IX, 38; XI, 125), no es el chimpancé (ni el bonobo, mal llamado «chimpancé pigmeo»). Siguiendo a Jacob de Bondt (Jacobus Bontius, 1592–1631), Linneo da *Orang Outang* como una de las dos denominaciones vulgares de esta supuesta especie. Aunque existe una discusión académica al respecto (Cribb et al., 2014, 12; Sastrawan, 2020), parece que ese término, que significa ‘persona del bosque’ en malayo, no se aplicaba (o, al menos, no solo) a las tres especies de ponginos en época de Bontius, sino a humanos con mucho vello de la isla de Java, en Indonesia. La otra denominación vulgar del *Homo troglodytes* es, según Linneo, *Kakurlacko*, recogida por Nils Mattson Kiöping (1621–1680). Esa palabra procede del neerlandés *kakkerlak*, ‘cucaracha’, y con ella se designaba despectivamente a los albinos de Malaca, en Malasia. Un tercer componente del *Homo troglodytes* son los albinos africanos, de los que Linneo tuvo noticia en una conferencia en Estocolmo de Olof Dalin (1708–1763) (Janson, 1952, 334; Heuvelmans, 1980, 36–40; Groves, 2008, 65–68, 91; Skott, 2019, 227–232).

Aún hay más. Basándose también en Ulisse Aldrovandi (1522–1605) y Pierre-Louis Moreau de Maupertuis (1698–1759), aunque sin aclarar si se trata de una especie diferente o no, Linneo da noticia del *Homo caudatus hirsutus*, esto es, ‘con cola y peludo’, del que añade: “habitante del mundo antártico desconocido para nosotros y, por lo tanto, no determino a cuál de los dos géneros pertenece, a *Homo* o a *Simia*” (Linnæus, 1758–1759 [1735], I, 24, nota)⁶. En su época, la Antártida era un lugar mítico situado en algún lugar ignoto del sur del planeta, no el continente helado, que no fue descubierto hasta 1820, así que en este caso se refería al babuino de ambos lados del Mar Rojo (*Papio hamadryas*), que fue sagrado en el antiguo Egipto, pero imaginado erguido para darle apariencia humana. Erhard Reuwich (1445–1505) dibujó un boceto de esta especie de cercopitécido sobre el terreno, que fue reproducido, en copias sucesivas cada vez más fantasiosas, por Bernardo de Breidenbach (c.1440–1497), Conrad Gesner (1516–1565) y el propio Aldrovandi (Janson, 1952, 332–334; Heuvelmans, 1980, 228–230; Broberg, 1994 [1983], 187–193; Groves, 2008, 58–62, 97, 99).

En 1760, en la tesis doctoral firmada por su alumno Christian Emmanuel Hopp (Christianus Emmanuel Hoppius, 1736–?), pero realizada por él mismo, Linneo integró en el género *Simia* el *Homo troglodytes* y el *Homo caudatus* (rebautizados, respectivamente, como *Simia troglodyta* y *Simia lucifer*), junto con el orangután de Borneo (*Simia pygmæus*) y una mezcla de orangutanes, chimpancé y bonobo (*Simia satyrus*), que ya había catalogado en 1758 (Linnæus, 1758 [1735], 25; Linnæus y Hoppius, 1760; Zacharias, 1980, 52; Groves, 2008, 97–100). En una versión manuscrita de ese trabajo sugirió que los «hotentotes» se habían originado por la hibridación entre *Homo sapiens* y *Simia troglodyta* (Skott, 2019, 241, nota 70). En ediciones posteriores de *Systema Naturæ* recuperó las denominaciones de *Homo troglodytes* y *Homo caudatus hirsutus*. Más tarde, en 1771, incluyó tres especies diferentes de gibbon en el taxón *Homo lar* (Linné, 1771, 521; Zacharias, 1980, 24, 50; Groves, 2008, 101–102). El naturalista sueco siempre recurrió a la mitología y a la etnografía clásicas para su nomenclatura.

⁶ La traducción es nuestra.

Según Linneo, educado en la tradición luterana, Dios es racional, por lo que, a su entender, no pueden existir géneros con una sola especie. Además, en su época todavía tenía gran predicamento la idea de *Scala Naturæ* o 'Gran Cadena del Ser' (Lovejoy, 1983 [1936]). Según ese paradigma, que se había ido desarrollando generación tras generación desde la Antigüedad, Dios, lo perfecto, lo no creado, ocupa la cumbre de los entes, mientras que los seres más simples se sitúan en su base, en una sucesión sin rupturas, pues "Natura non facit saltus", una sentencia presente ya en el maestro Eckhart (c.1260–c.1328) (Ragan, 2023, 130) y que Linneo utiliza en múltiples ocasiones. La representación gráfica más clara de la Gran Cadena del Ser es la que publicó un contemporáneo de Linneo, el filósofo y biólogo suizo Charles Bonnet (1745, I, xxxi). En ella, el «orangután» (término que, como se ha dicho, en esa época, incluye también el chimpancé y el bonobo) ocupa el lugar intermedio entre el ser humano y los (demás) animales, los pólipos hacen lo propio entre animales y vegetales y los corales, entre vegetales y minerales, para descender después a los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego, en ese orden). Para rellenar todos los huecos de esta sucesión ininterrumpida resultaban imprescindibles los eslabones intermedios.

Una prueba de la vigencia del paradigma durante dos milenios largos y en toda Europa es que, dejando a un lado lecturas erróneas o dudosas, entre la primera mención segura de los «zoofitos» (*zōophyta*, 'animales-plantas'), en el filósofo griego Dexipo c.350 (Ragan, 2023, 66), y la primera de los «litofitos» (*lithophyta*, 'piedras-plantas'), en el polímata inglés Thomas Browne en 1646 (Simpson y Weiner, 1989, VIII, 1035), median trece siglos, más de dos mil kilómetros y varios idiomas. A pesar de que la idea de gradación en la Naturaleza está muy presente en Aristóteles (VIII, 588b), contra lo que se ha interpretado (Liddell y Scott, 1925 [1843], 760), parece ser que el genio de Estagira no utilizó estos términos para referirse a las categorías intermedias. A lo largo de su vida Linneo cambiará varias veces de opinión sobre el lugar que estos seres (pólipos, corales y hongos, entre otros) debían ocupar en su sistema y los clasificó a veces como animales y a veces como vegetales (Ragan, 2023, 248–259). Además, la Gran Cadena del Ser podía completarse por arriba con los nueve órdenes de ángeles que ocupan el lugar entre Dios y el ser humano, según los escritos de Pseudo-Dionisio Areopagita del siglo V o VI (Tillyard, 1972 [1943], 49; Barsanti, 2005, 27–28), por lo que se podía ascender por ella desde el átomo hasta la Trinidad.

Resumiendo: la creencia en la *Scala Naturæ* exigía a Linneo la existencia de al menos una criatura intermedia entre los humanos y los (demás) simios, por lo que el *Homo sapiens* no podía ser la única especie del género *Homo* (Zacharias, 1980, 46; Chazan, 1995, 231–232; Barsanti, 2005, 27).

5. DE LA PRIMATOLOGÍA AL PROYECTO GRAN SIMIO

Monos y simios forman parte substancial del folclore de los pueblos de África, Asia y América. También de Europa, donde, aparte del *Homo sapiens*, solo existe una especie autóctona, la mona de Gibraltar o *Macaca sylvanus*. Es un tema recurrente de la mitología la idea de que estos animales son en realidad humanos degenerados, castigados por haber cometido algún pecado o crimen contra los dioses (Gubernatis, 2002 [1871], I, 385–400; Janson, 1952; Viré, 1986; Dunnigan, 1995; Nóbrega Alves et al., 2017). Más o menos difusa, los seres humanos siempre han tenido conciencia de una relación cercana con ellos. Por citar de nuevo a Aristóteles (II, 502a), "Algunos animales tienen una naturaleza intermedia entre la del hombre y la de los cuadrúpedos, como, por ejemplo, los monos [*píthēkoi*], los cebos [*kēboi*] y los cinocéfalos [*kynokephaloi*]"⁷. Los tres grupos son representantes de la familia *Cercopithecidae*, pero no está clara la diferencia entre *píthēkoi* y *kēboi*, que no parece consistir únicamente en la posesión o no de cola. Entre los *kynokephaloi* Aristóteles conoció varias especies de babuinos y, tal vez, también el mandril. De manera muy confusa en un principio, los europeos solo tuvieron noticia de las especies más cercanas al humano, conocidas colectivamente como «orangután», en el siglo XVII. Bonnet, y no fue el único, en su esquema de la Gran Cadena del Ser, sustituiría con ese prototipo de simio los tres grupos de monos mencionados por Aristóteles.

Pero hacía falta un nombre que englobara todas estas especies y los humanos y ahí es donde entra en juego la genialidad de Linneo. Fue él quien, en 1735, en la primera edición del *Systema Naturæ*, estableció, dentro del reino *Animalia* y de la clase *Quadrupedia* ('de cuatro patas'), el orden de los *Anthropomorpha* ('de forma humana'). Las denominaciones de la clase y del orden están tomadas de John Ray (Joannes Raius, 1627–1705), la primera de ellas, traducción del griego *tetrápoda*, utilizada por Aristóteles. El naturalista inglés, con toda justicia, puede ser considerado como el precedente más importante de Linneo en

⁷ La traducción es de Julio Pallí Bonet.

la clasificación de los seres vivos. En su obra *Synopsis Methodica Animalium Quadrupedum et Serpentinum Generis*, Ray o Raius (1693, 148–161) dedica un capítulo entero a las especies que llama *Platyōnykha* [‘de uñas planas’] & *Anthrōpómorpha* en griego y *Simiæ*, *Cercopithecī*, *Cepī* & *Cynocephali* en latín, pero no situó al humano entre ellas (de hecho, tampoco entre los cuadrúpedos y, a diferencia de Aristóteles, al que sigue de cerca, ni siquiera entre los animales). En cambio, Linneo, de modo nuevamente revolucionario, incluyó tres géneros en los *Anthropomorpha*, entre ellos, *Homo* y *Simia* (el tercero, *Bradypus*, son los perezosos). En 1758, en la famosa décima edición del *Systema*, rebautizó la clase como *Mammalia* (‘mamíferos’, vocablo inventado por él) y el orden como *Primates*, excluyendo a los perezosos y añadiendo otros dos géneros. Así que, cuando Linneo constituyó el orden *Primates*, este quedó configurado por cuatro géneros: *Homo*, *Simia*, *Lemur* y *Vespertilio* (Linnæus, 1758–1759 [1735], I, 20–32). El último de ellos reúne a los murciélagos, que no son primates, pero, con gran intuición, incluyó los tarseros en el género *Simia*, reconociendo, como la primatología actual, que son más cercanos a monos y simios que a los lémures y a los mal llamados «prosimios».

La palabra *primates* (en singular, *primas*) ya aparece en latín en el siglo II en Festo y Apuleyo, para significar “Del más alto rango, noble” (Glare, 1996 [1982], 1455)⁸. Con la misma acepción, el poeta inglés Henry Peacham, en *The Compleat Gentleman* (1622), utilizó las palabras *king*, ‘rey’, y *chief*, ‘jefe’, para categorizar los eslabones superiores de las diferentes clases de la Gran Cadena del Ser. Así el león sería la más noble entre las bestias, el águila entre las aves, la ballena entre los peces [sic], el roble entre los árboles, la rosa entre las flores, el diamante entre las piedras y el oro entre los metales (Tillyard, 1972 [1943], 37–38). Peacham no empleó la palabra *primate* con ese sentido (aunque sí su comentarista Tillyard), ni conoció el sistema de los tres reinos, que por esa misma época empezaba a ser difundido por alquimistas como Sendivogius y Colleson. Linneo, sí. Para él, los *Primates* son los primeros en la jerarquía de los animales, que, a su vez, son los primeros en la jerarquía de los seres vivos. De manera análoga, el zoólogo francés Henri-Marie Ducrotay de Blainville, creacionista como Linneo, para agrupar a los diversos órdenes de mamíferos, estableció (1839–1864) las categorías *Secundates* (con los órdenes quirópteros, eulipotiflos y carnívoros, por utilizar la terminología actual), *Tertiates* (con roedores y lagomorfos) y *Quaternates* (con proboscídeos, sirenios, hira-coideos, perisodáctilos y artiodáctilos). Huelga decir que no obtuvo ningún éxito.

Antes de Darwin la inclusión del humano entre los animales, aunque cuestionada en ocasiones (recuérdese el «reino hominal» de Fabre d’Olivet), podía ser aceptada, porque se basaba en la autoridad de Aristóteles. Pero el gran filósofo griego (I, 489b– 490b) ni siquiera colocó nuestra especie entre los cuadrúpedos, el antecedente de los mamíferos. Linneo, en cambio, no solo situó a los humanos en el mismo reino y en la misma clase que monos y simios, sino también en el mismo orden. De hecho, como se ha visto, puso los gibones (y una o dos especies imaginarias) en el mismo género que el nuestro. Por todo ello sus obras serían prohibidas por la Iglesia Católica entre 1758 y 1773 (Pulteney, 1805 [1781], 498, nota; Ragan, 2023, 257; Roberts, 2024, 308). Linneo era muy consciente de los peligros a los que podría enfrentarse. En una carta datada en 1747, cuando todavía no ha bautizado a los antropomorfos como primates, espeta a su colega Johann Friedrich Gmelin (1748–1804), quien se ocuparía de la decimotercera y última edición del *Systema Naturæ* entre 1788 y 1793, una vez muerto Linneo:

Te pido, a ti y al mundo entero, una diferencia genérica entre el humano y el Simio, según los principios de la Historia natural. Yo no conozco ninguna en absoluto; ojalá alguien pudiera decirme una sola. Si hubiera llamado al humano simio, o viceversa, habría lanzado a todos los teólogos contra mí. Tal vez es lo que debería haber hecho (Greene, 1909, 26)⁹.

En 1758, pues, tiene su punto de partida la «primatología». La palabra en cuestión es un neologismo que se documenta por primera vez en inglés (*primatology*) en 1941, en dos fisiólogos estadounidenses estudiosos de los primates, John Farquhar Fulton y Theodor Cedric Ruch (Simpson y Weiner, 1989, XII, 476). Según el antropólogo (y primatólogo) Earnest Hooton (1955 [1954], 2), también estadounidense, el término está mal formado, al ser un híbrido de latín y griego. De la misma manera que no se habla de «humanología», sino de «antropología», habría que decir «protevantología» (del griego moderno *prōtevon-tōn*, ‘primate’), no «primatología».

Las dos innovaciones linneanas citadas, la clase de los mamíferos y el orden de los primates, siguen vigentes en la actualidad, aunque con múltiples modificaciones, debidas a los descubrimientos de especies producidos desde entonces, pero, también, en las últimas décadas, a la irrupción de los estudios moleculares en la clasificación de los organismos y a la adaptación de la taxonomía a la cladística. A diferencia de la

⁸ La traducción es nuestra.

⁹ La traducción es nuestra.

época de Linneo, actualmente las especies no se clasifican según su apariencia externa, por el número de dientes, por ejemplo, sino por su relación evolutiva. Si el sueco nunca dio una explicación exacta del concepto, en la primatología actual, existe, en cambio, una definición aceptada, establecida por Colin Groves y Peter Grubb en 2011: “una población o agregación de poblaciones que ha fijado diferencias heredables respecto a otras poblaciones o agregaciones de poblaciones” (Groves, 2016, xix)¹⁰. Como consecuencia, el número de especies descritas de primates se ha multiplicado de modo exponencial.

En concreto, incluyendo el *Homo sapiens*, Linneo describió 54 especies de primates. De ellas, ocho no lo son en absoluto ya que siete son diversas variedades de murciélago, incluidas hoy en el orden *Chiroptera*, y otra más, el colugo de Filipinas, mal llamado «lémur volador», actualmente en el orden *Dermoptera* (Linnæus, 1758–1759 [1735], I, 20–32; Linnæus y Hoppius, 1760; Linné, 1766–1768 [1735], 28–47; 1771, 521–522). Tampoco son primates los perezosos, clasificado por Linneo entre los *Anthropomorpha* en 1735 y hoy en el orden *Pilosa*. En total, en la actualidad se consideran válidas 33 de sus 54 descripciones, de las 505 especies de primates reconocidas hasta 2016 (Groves, 2008, 90–102; Rowe y Myers, 2016). Como ya se ha explicado, algunas especies más, como los mencionados *Homo troglodytes* y *Homo caudatus*, solo existieron en mentes tan imaginativas como la suya. También se ha dicho ya que, como la mayor parte de los investigadores de su época, no distinguió entre los orangutanes y el chimpancé (y el bonobo) ya que, para todas estas especies, utilizó el taxón *Simia satyrus* (Zacharias, 1980, 21, 50; Groves, 2008, 68–69, 93). El chimpancé fue descrito correctamente como una especie diferente solo en 1775, por Blumenbach (el mismo que inventó el término «caucásico» para referirse a las poblaciones de origen europeo) y el bonobo, en 1929, por Ernst Schwarz (Groves, 2008, 107–108, 167).

Linneo no colocó ninguna categoría intermedia entre el orden y el género. En lo concerniente a los mamíferos, John Edward Gray (1825, 338) estableció familias y tribus entre ambos. La familia *Hominidæ* incluiría todos los monos y simios del Viejo Mundo, para los que hoy se prefiere el término *Catarrhini*, acuñado por Étienne Geoffroy Saint-Hilaire (1812, 86) y al que en la actualidad se le otorga la categoría de infraorden. Siglo y medio más tarde, Morris Goodman (1963, 223), basándose en sus estudios de inmuno-química, incluyó chimpancés, bonobos y gorilas con los humanos en la nueva familia *Hominidæ*. Hoy en día también los orangutanes se clasifican como homínidos (Rowe y Myers, 2016, 667–674), así que, en total, son ocho las especies vivas que forman parte de nuestra familia biológica: *Homo sapiens* (humano), *Pan troglodytes* (chimpancé), *Pan paniscus* (bonobo), *Gorilla gorilla* (gorila occidental), *Gorilla beringei* (gorila oriental), *Pongo pygmaeus* (orangután de Borneo), *Pongo abelii* (orangután de Sumatra) y *Pongo tapanuliensis* (orangután de Tapanuli). Las ocho especies de la familia *Hominidæ* y las veinte de la familia *Hylobatidæ* (gibones y siamang) forman la superfamilia *Hominoidea* o ‘simios’ (Simpson, 1931, 262). «Simio» (*ape*, en inglés) es un concepto monofilético, ya que todas estas especies (incluyendo el humano) han evolucionado de una población ancestral común. «Mono» (*monkey*), en cambio, es polifilético, ya que, de las seis familias de primates que abarca, una (*Cercopithecidae*) no está especialmente emparentada con las otras cinco (*Callitrichidae*, *Cebidae*, *Aotidae*, *Atelidae* y *Pitheciidae*). Hablando con propiedad, los simios no son monos.

Hace ya más de tres décadas que Jared Diamond (1994 [1991], 41), con el argumento, a nuestro juicio irrefutable, de que la diferencia genética respecto al ser humano es menor que la que existe entre varios tipos de oropéndolas clasificadas en el mismo género, sugirió que chimpancés y bonobos fueran incluidos en el género *Homo*. El chimpancé sería así llamado científicamente *Homo troglodytes*, recuperándose la denominación que Linneo empleó en 1758 para una inexistente especie humana, lo que, según las estrictas normas de la taxonomía, tiene su complicación (Groves, 2008, 92). En cambio, llamar *Homo paniscus* al bonobo no crearía ningún problema de orden taxonómico. Pero a nadie se le escapa las consecuencias de orden moral que ello conllevaría, ya que quedaría todavía más patente el parentesco íntimo del ser humano con otras especies. La conciencia de esa cercanía es lo que ha impulsado el Proyecto Gran Simio, puesto en marcha por los filósofos Paola Cavalieri y Peter Singer (1993) y que reclama el reconocimiento legal para las especies de homínidos más amenazadas, esto es, el chimpancé, el bonobo, los gorilas y los orangutanes, de unos derechos mínimos: a la vida, a la protección de la libertad individual y a la prohibición de la tortura. En el momento de escribir estas líneas el Congreso de los Diputados de España ha iniciado la tramitación de un anteproyecto de ley para la protección de todas estas especies. Desgraciadamente, parece que se ha impuesto el anglicismo «gran simio» (*great ape*) en perjuicio del vocablo de origen latino, mucho más correcto, «homínido» (*hominida*). Bastante más radical que Cavalieri y Singer y la iniciativa parlamentaria en

¹⁰ La traducción es nuestra.

curso fue Ignaas Spruit (1995), quien propuso la extensión de esos derechos no solo a los homínidos, sino también a las otras quince familias de primates.

6. MÁS ALLÁ DE LOS REINOS

Linneo no aplicó la nomenclatura binominal latina únicamente a animales y plantas. De modo muy incipiente también lo intentó con los hongos y algunos organismos microscópicos, un auténtico quebradero de cabeza para él, ya que no sabía si clasificarlos como animales o como vegetales. En un escrito firmado por su alumno Johannes Carl Roos (1745–1828) en 1767 sugirió, con muchas dudas, un nuevo reino para todos ellos, *Regnum Neutrum* o *Regnum Chaoticum* (Linné y Roos, 1767, 12). Robert Whittaker (1959) incluyó la mayoría de esas especies en el reino *Fungi*. Aunque no tuvo ninguna repercusión, Linneo (1766–1768 [1735], III) también utilizó la nomenclatura binominal con los *Lapides* o ‘piedras’, que, en su opinión, constituían el tercer reino de la Naturaleza. Su obsesión por las clasificaciones lo llevó a crear 76 taxones para *Medicamenta* o ‘remedios medicinales’ (Linnæus, 1749), 326 para *Morbi* o ‘enfermedades’ (Linné, 1763) y diez para *Cibi* o ‘alimentos’ (Linné y Wedenberg, 1767). Siempre en latín, pero, en estos casos, sin nomenclatura binominal. En una de sus últimas obras Julio Caro Baroja (1992, 170) sentenció que “No cabe duda de que si alguna vez se escribiera un «Tratado de Patología» en función de las obsesiones que produce la historia, la «Psicopatía genealógica» tendría que ocupar en él un gran espacio, si no el mayor”. Tal vez con mayor razón debería escribirse un tratado de psicopatía taxonómica, en el que el nombre de Linneo aparecería de modo recurrente. De hecho, su nomenclatura nominal incluye una idea general de genealogía (Callot, 1963, 121), en el que el género cumple la función del apellido y la especie, de nombre de pila. Esa es una de las razones que explica las suspicacias para incluir otras especies en el género *Homo*. En nuestra opinión, el éxito de la taxonomía linneana de los seres vivos, que fue creada mucho antes de la difusión del darwinismo, se debe, precisamente, a que, como la genealogía, pretende dar una respuesta a la fascinación que sienten los humanos por todo lo que pueda contribuir a dar una explicación sobre sus orígenes, ya sea como especie o como individuos.

A consecuencia de la revolución vivida por la biología, a la que ya hemos aludido, todo el sistema de Linneo se tambaleó. En 1990 los microbiólogos Carl Woese, Otto Kandler y Mark Wheelis erigieron tres dominios o, en latín, *regiones* sobre los reinos tradicionales (Woese et al., 1990). Plantas, animales, protistas y hongos, que poseen células con núcleo, fueron colocados en el dominio *Eukaryota*, recuperando un concepto utilizado por Édouard Chatton (1925, 76). Posteriormente los protistas, una categoría que no es reconocida por muchos biólogos, serían divididos en varios supergrupos. Los otros dos dominios, constituidos por especies cuyas células no tienen núcleo, son *Bacteria*, que había sido organizado como reino por Herbert Copeland (1938), y *Archæa*, que reúne los organismos descritos por el propio Woese y George Edward Fox (1977), llamados en un principio *Archæobacteria*. Aun siendo microscópicas, las arqueas están más cerca de los eucariotas que de las bacterias. David Prangishvili y Patrick Forterre propusieron en 2015 el nombre *Arkarya* para referirse a los dos primeros dominios (Forterre, 2015). Para reunir todos los seres vivos en un solo taxón el biólogo norteamericano Lee Barker Walton (1930, 14) ideó el término *Bionta*, que no ha sido aceptado hasta la fecha.

La secuencia de los taxones que incluyen el ser humano mencionados en este artículo puede expresarse, siguiendo el orden descendente y manteniendo la nomenclatura latina original, del modo siguiente::

Imperium Bionta — Walton, 1930 (no aceptado);
Superregio Arkarya — [Prangishvili &] Forterre, 2015 (no validado);
Regio Eukaryota — Chatton, 1925;
Regnum Animalia — Linnaeus, 1758;
Phylum Chordata — Haeckel, 1874;
Classis Mammalia — Linnaeus, 1758;
Ordo Primates — Linnaeus, 1758;
Infraordo Catarrhini — Geoffroy Saint-Hilaire, 1812;
Superfamilia Hominoidea — Simpson, 1931;
Familia Hominidæ — Gray, 1825;
Genus Homo — Linnaeus, 1758;
Species Homo sapiens — Linnaeus, 1758.

7. CONCLUSIÓN

El biólogo francés Émile Guyénot (1885–1863) afirmó que el fijismo y el creacionismo de Linneo tuvieron por efecto “retrasar medio siglo la llegada del transformismo”, esto es, el evolucionismo (Callot, 1963, 124)¹¹. Es una manera de ver las cosas, ya que muchas de sus teorías no tenían más fundamento que su credulidad y sus prejuicios. Pero tan cierto como eso es que la taxonomía de Linneo sigue vigente hoy en día y que forma parte incluso de la cultura popular. Fue él quien acuñó términos hoy de uso habitual como «mamífero» y «primate», sin los cuales jamás habría podido articularse la teoría de la evolución. Obnubilado por la Gran Cadena del Ser y carente del más mínimo espíritu crítico, incorporó al género *Homo*, pero fuera de la especie *Homo sapiens*, a personas velludas y albinas (*Homo troglodytes*), al babuino sagrado (*Homo caudatus*) y a los gibones (*Homo lar*). Paradójicamente, la ceguera de Linneo supone un precedente para incluir el chimpancé, el bonobo e incluso las dos especies de gorila en nuestro mismo género, como propuso Jared Diamond en 1991.

En nuestra época el antropocentrismo y el «especiesismo» (Ryder, 1993 [1991]), muy marcados en la civilización occidental, siguen contribuyendo a la sobreexplotación de la Naturaleza y a la aceleración del cambio climático, y, junto a ellas, a la destrucción de los ecosistemas. Cabe preguntarse si el sistema taxonómico de Linneo no podría ser un antídoto contra tales males si se llevara a sus últimas consecuencias. A fin de cuentas, siendo sinceros, el *Homo sapiens*, que, acaso con mayor propiedad, a punto estuvo de denominarse *Homo diurnus*, no es más que una de las miríadas de especies (y no solo unas 40.000, como pensaba Linneo) que forman el *Imperium Naturæ*. Aunque sea una idea muy linneana, los humanos no somos los amos del universo. Tampoco somos la cumbre de la evolución, ni el resultado de algún plan predispuesto: desde una perspectiva estrictamente biológica, las arqueas están más próximas de nosotros que de las bacterias, como el chimpancé está más próximo de nosotros que de los gorilas. No somos tan especiales como nos creemos, ya que, como todos los seres vivos, nacemos, procreamos y morimos. El propio lenguaje nos delata: la palabra latina *homo* tiene el mismo origen que *humilis*, ‘humilde’, pues ambas proceden del proto-indoeuropeo **dhghem-*, ‘tierra’ (Roberts y Pastor, 1996, 44–45). Así es que «humano» no significa más que ‘habitante de la Tierra’, no en vano es la Tierra entera la patria de la Humanidad, compartida con el resto de los «biontes».

Nuestra especie, por su propia supervivencia, necesita vivir, si no en armonía, al menos en equilibrio con las demás. En un siglo lleno de incertidumbres, tal vez el Proyecto Gran Simio, que debe no poco a la mente de Linneo, signifique un paso adelante hacia el surgimiento de una nueva y perentoria conciencia planetaria que fomente un mayor respeto por el medio ambiente y un reparto más racional y equitativo de los recursos.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea hacer constar su agradecimiento a Aulus Gratus Avitus (Schola Latina Universalis), Gunnar Brober (Lunds universitet, fallecido), Raymond Corbey (Universiteit Leiden) y Colin Groves (Australian National University, fallecido).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristóteles (1992). *Investigación sobre los animales*. Madrid: Gredos. Traducción de Julio Pallí Bonet.
- Aroles, Serge (2007). *L'enigme des enfants-loups. Une certitude biologique mais un déni des archives (1304–1954)*. París: Publibook.
- Barsanti, Giulio (2005). *Una lunga pazienza cieca. Storia dell'evoluzionismo*. Turín: Einaudi.
- Blainville, Henri-Marie Ducrotay de (1839–1864). *Ostéographie ou description iconographique comparée du squelette et du système dentaire des mammifères récents et fossiles pour servir de base à la zoologie et à la biologie*. París: J.-B. Baillière et Fils (cuatro tomos).
- Blunt, Wilfred y Stearn, William Thomas (1982 [1971]). *El naturalista. Vida, obra y viajes de Carl von Linné (1707–1778)*. Barcelona: Ediciones del Serbal. Traducción de Manuel Crespo.
- Boenigk, Jens, Wodniok, Sabina y Glücksman, Edvard (2015). *Biodiversity and Earth History*. Heidelberg: Springer.

¹¹ La traducción es nuestra; cursivas suprimidas.

- Bonnet, Charles (1745). *Traité d'insectologie*. París: Chez Durand, Libraire (dos tomos).
- Borst, Arno (1995 [1957–1963]). *Der Turmbau von Babel. Geschichte der Meinungen über Ursprung und Vielfalt der Sprachen und Völker*. München: Deutschen Taschenbuch Verlag (cuatro tomos en seis volúmenes).
- Bory de Saint-Vincent, Jean-Baptiste-Geneviève-Marcellin (1827 [1825]). *L'homme (Homo). Essai zoologique sur le genre humain*. París: Rey et Gravier (2) (dos tomos).
- Broberg, Gunnar (1994 [1983]). Homo sapiens. Linnaeus's Classification of Man. En Tore Frängsmyr (Ed.), *Linnaeus. The Man and His Work* (156–194). Sangamore Beach: Science History Publications/USA.
- Callot, Émile (1963). Fixisme et transformisme dans l'œuvre de Linné. *L'Information Scientifique*, XVIII, 118–124.
- Caro Baroja, Julio (1992). *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*. Barcelona: Seix Barral.
- Cavalieri, Paola y Singer, Peter (eds.) (1993). *The Great Ape Project. Equality beyond humanity*. Londres: Fourth Estate.
- Chatton, Édouard (1925). Pansporella perplexa. Réflexions sur la biologie et la phylogénie des protozoaires. *Annales des Sciences Naturelles. Zoologie*, VII, 1–84.
- Chazan, Michael (1995). The Making of Homo sapiens. En Raymond Corbey y Bert Theunissen (eds.), *Ape, Man, Apeman: Changing Views since 1600* (229–240). Leiden: Leiden University.
- Copeland, Herbert Faulkner (1938). The Kingdoms of Organisms. *The Quarterly Review of Biology*, 13, 383–420.
- Cribb, Robert, Gilbert, Helen y Tiffin, Helen (2014). *Wild Man from Borneo. A Cultural History of the Orangutan*. Honolulu: University of Hawai'i Press.
- Diamond, Jared (1994 [1991]). *El tercer chimpancé. Evolución y futuro del animal humano*. Madrid: Espasa Calpe. Traducción de María Corniero.
- Dunnigan, Ann (1995). Monkeys. En Mircea Eliade (Dir.), *The Encyclopedia of Religion* (X, 65–66). Londres: MacMillan.
- Eriksson, Gunnar (1994 [1983]). Linnaeus the Botanist. En Tore Frängsmyr (Ed.), *Linnaeus. The Man and His Work* (63–109). Sangamore Beach: Science History Publications/USA.
- Fabre d'Olivet, Antoine (1822). *De l'état social de l'homme ou vues philosophiques sur l'histoire du genre humain*. París: Chez J. L. J. Brière, Libraire (dos tomos).
- Fischer, Johann Baptist (1830 [1829]). *Synopsis Mammalium. Addenda, emendanda et index ad Synopsis*. Stuttgart: J. Cottae (2).
- Forterre, Patrick (2015). The universal tree of life: an update. *Frontiers in Microbiology*, 6:717. <https://doi.org/10.3389/fmicb.2015.00717>
- Génesis (1980). *En La Biblia* (I, 3–102). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, Salvat. Traducción de Francisco Cantera Burgos.
- Geoffroy Saint-Hilaire, Étienne (1812). Tableau des Quadrumanes, ou des animaux composant le premier Ordre de la Classe des Mammifères. *Annales du Muséum d'Histoire Naturelle*, 19, 85–122, 156–170.
- Geoffroy Saint-Hilaire, Isidore (1854–1862). *Histoire naturelle générale des règnes organiques*. París: Librairie de Victor Masson (tres tomos).
- Glare, Peter Geoffrey William (Ed.) (1996 [1982]). *Oxford Latin Dictionary*. Oxford, New York: Clarendon Press.
- Goldenberg, David M. (2017). *Black and Slave. The Origins and History of the Curse of Ham*. Berlín, Boston: De Gruyter.
- Gómez-Bravo, Ana María (2020). The Origins of Raza. Racializing Difference in Early Spanish. *Interfaces*, 7, 64–114.
- Goodman, Morris (1963). Immunochemistry of the Primates and Primate Evolution. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 102, 219–234.
- Graves, Robert y Patai, Raphael (1969 [1963]). *Los mitos hebreos. El libro del Génesis*. Buenos Aires: Losada. Traducción de Luis Echávarri.
- Gray, John Edward (1825). An Outline of an Attempt at the Disposition of Mammalia into Tribes and Families, with a List of the Genera apparently appertaining to each Tribe. *Annals of Philosophy*, 10, 337–344.
- Greene, Edward Lee (1909). Linnæus as an Evolutionist. *Proceedings of the Washington Academy of Sciences*, 11, 17–26.
- Groves, Colin (2008). *Extended Family: Long Lost Cousins. A Personal Look at the History of Primatology*. Arlington: Conservation International.
- Groves, Colin (2016). Notes on Primate Taxonomy and Species Concepts. En Noel Rowe y Marc Myers (eds.), *All the World's Primates* (xviii–xx), Charlestown: Pogonias Press.
- Gubernatis, Angelo de (2002 [1871]). *Mitología zoológica. Las leyendas animales*. Palma de Mallorca: Alejandría (dos tomos). Traducción de Esteve Serra.

- Haeckel, Ernst (1866). *Generelle Morphologie der Organismen. Allgemeine Grundzüge der organischen Formen-Wissenschaft, mechanisch begründet durch die von Charles Darwin reformirte Descendenz-Theorie*. Berlín: Georg Reimer (dos tomos).
- Haeckel, Ernst (1877 [1874]). *Anthropogenie oder Entwicklungsgeschichte des Menschen*. Leipzig: Wilhelm Engelmann (2).
- Haeckel, Ernst (1889). *Natürliche Schöpfungsgeschichte: Gemeinverständliche wissenschaftliche Vorträge über die Entwicklungslehre im allgemeinen und diejenige von Darwin, Goethe und Lamarck im besonderen*. Berlín: Georg Reimer.
- Heuvelmans, Bernard (1980). *Les bêtes humaines d'Afrique*. París: Plon.
- Hooton, Earnest (1955 [1954]). The importance of Primate studies in anthropology. En James Anderson Gavan (Ed.), *The Non-Human Primates and Human Evolution: in Memory of Earnest Albert Hooton (1887–1954)* (1–10). Detroit: Wayne University Press.
- Hudson, Nicholas (2004). 'Hottentots' and the evolution of European racism. *Journal of European Studies*, 34, 308–332.
- Janson, Horst Woldemar (1952). *Apes and Ape Lore in the Middle Ages and the Renaissance*. Londres: Warburg Institute.
- Koerner, Lisbet (1999). *Linnaeus: Nature and Nation*. Cambridge, Londres: Harvard University Press.
- Liddell, Henry George y Scott, Robert (1925 [1843]). *A Greek-English Lexicon*. Oxford: Clarendon Press.
- Lidén, Magnus y Morrison, David (2018). Misunderstandings and misrepresentations about Linné's alleged family motto. [Última consulta: 04/03/2025]. Obtenido de <https://phylonetworks.blogspot.com/2018/05/misunderstandings-and.html>
- Lindroth, Sten (1994 [1983]). The Two Faces of Linnaeus. En Tore Frängsmyr (Ed.), *Linnaeus. The Man and His Work* (1–62). Sangamore Beach: Science History Publications/USA.
- Linnaeus, Carolus (1735). *Systema Naturæ, sive regna tria Naturæ systematice proposita per classes, ordines, genera & species*. Leiden: Apud Theodorum Haak, Ex Typographia Johannis Wilhelmi de Groot.
- Linnaeus, Carolus (1749). *Materia medica. Liber I. De Plantis. Secundum Genera, Differentias, Synonyma, Loca, Durationes, Culturas, Nomina, Simplicia, Præparata, Qualitates, Modos, Potentias, Vires, Usus, Composita, Digestus*. Estocolmo: Typis ac sumptibus Laurentii Salvii.
- Linnaeus, Carolus (1753). *Species Plantarum exhibentes Plantas rite cognitatas ad genera relatas [...]*. Estocolmo: Impensis direct. Laurentii Salvii (dos tomos).
- Linnaeus, Carolus (1758–1759 [1735]). *Systema Naturæ per regna tria Naturæ, secundum classes, ordines, genera, species, cum characteribus differentiis, synonymis locis*. Estocolmo: Impensis direct. Laurentii Salvii (10) (dos tomos, el primero dedicado a los animales y el segundo, a los vegetales; el tercero, dedicado a los minerales, nunca se publicó).
- Linnaeus, Carolus y Hoppius, Christianus Emmanuel (1760). *Anthropomorpha*. Upsala.
- Linné, Carolus v. (1763). *Genera Morborum*. Upsala: Apud Christ. Erh. Steinert.
- Linné, Carolus a (1766–1768 [1735]). *Systema Naturæ per regna tria Naturæ, secundum classes, ordines, genera, species, cum characteribus differentiis, synonymis locis*. Estocolmo: Impensis direct. Laurentii Salvii (12) (tres tomos, el primero dedicado a los animales, el segundo a los vegetales y el tercero a los minerales).
- Linné, Carolus a (1771). *Mantissa plantarum altera*. Estocolmo: Impensis direct. Laurentii Salvii.
- Linné, Carolus a y Roos, Johannes Carolus (1767). *Mundus invisibilis*. Upsala.
- Linné, Carolus a y Wedenberg, Adolphus Fridericus (1767). *Varietas Ciborum*. Upsala: Litteris Johan. Edman, Reg. Acad. Typogr.
- Linneo, Carlos (1784–1788). *Parte práctica de botánica del caballero [...], que comprehende las clases, órdenes, géneros, especies y variedades de las plantas, con sus caracteres genéricos y específicos, sinónimos más selectos, nombres triviales [...]*. Madrid: Imprenta Real (ocho tomos). Traducción de Antonio Palau y Verdera.
- Lovejoy, Arthur Oncken (1983 [1936]). *La Gran Cadena del Ser. Historia de una idea*. Barcelona: Icaria. Traducción de Antonio Desmots.
- Martínez Ruiz, Enrique y De Pazzis Pi Corrales, Magdalena (dir.) (1998). *Carlos Linneo y la ciencia ilustrada en España*. Madrid: Consejería de Educación y Cultura. Traducción de Javier Sartorius Alvargonzález.
- Nóbrega Alves, Rômulo Romeu, Duarte Barboza, Raynner Rilke y Silva Souto, Wedson Medeiros (2017). Primates in Mythology. En Agustín Fuentes (Ed.), *The International Encyclopedia of Primatology* (III, 1149–1154). Chichester: John Wiley & Sons, Inc.

- Pliny the Elder. *The Natural History*. [Última consulta: 04/03/2025]. Obtenido de https://penelope.uchicago.edu/thayer/e/roman/texts/pliny_the_elder/home.html
- Poliakov, Léon (1987 [1971]). *Le mythe aryen. Essai sur les sources du racisme et des nationalismes*. Bruselas: Éditions Complexe.
- Pulteney, Richard (1805 [1781]). *A General View of the Writings of Linnæus*. Londres: J. Mauman (2).
- Ragan, Mark A. (2023). *Kingdoms, Empires, and Domains. The History of High-Level Biological Classification*. Nueva York: Oxford University Press.
- Raius, Johannes (1693). *Synopsis Methodica Animalium Quadrupedum et Serpentine Generis*. Londres: Imprenta S. Smith & B. Walford.
- Roberts, Edward A. y Pastor, Bárbara (1996). *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*. Madrid: Alianza Editorial.
- Roberts, Jason (2024). *Todos los seres vivos. La gran carrera por entender la vida en la Tierra*. Barcelona: Taurus. Traducción de María Serrano Giménez.
- Rowe, Noel y Myers, Marc (eds.) (2016). *All the World's Primates*. Charlestown: Pogonias Press.
- Rudebusch, George y Muniz, Fernando (2023). Eidos and Genos in Plato. [Última consulta: 04/03/2025]. Obtenido de https://www.academia.edu/43147751/Genos_and_Eidos_in_Plato
- Ryder, Richard Dudley (1993 [1991]). Sentientism. En Paola Cavalieri y Peter Singer (eds.), *The Great Ape Project. Equality beyond humanity* (220–222). Londres: Fourth Estate.
- Sastrawan, Wayan Jarrah (2020). The Word 'Orangutan'. Old Malay Origin or European Concoction? *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde*, 176, 532–541.
- Sergi, Giuseppe (1911). *L'uomo secondo le origini, l'antichità, le variazioni e la distribuzione geografica. Sistema naturale di classificazione*. Milán: Fratelli Bocca.
- Simpson, George Gaylord (1931). A new classification of Mammals. *Bulletin of the American Museum of Natural History*, 59, 259–293.
- Simpson, John y Weiner, Edmund (1989). *The Oxford English Dictionary*. Oxford: Clarendon Press (2) (veinte tomos).
- Skott, Christina (2019). Human Taxonomies: Carl Linnaeus, Swedish Travel in Asia and the Classification of Man. *Itinerario*, 43, 218–242.
- Spruit, Ignaas (1995). On Declaring Non-human Primate Rights. An Approach to Primate Protection. En Raymond Corbey y Bert Theunissen (eds.), *Ape, Man, Apeman: Changing Views since 1600* (377–383). Leiden: Leiden University.
- Tillyard, Eustace Mandeville Wetenhall (1972 [1943]). *The Elizabethan World Picture*. Londres: Penguin Books.
- Urbina Carrasco, María Ximena y Pimentel Igea, Juan (2020). El viaje de Magallanes, 1520–2020. *Magallania*, 48, 5–10.
- Vallois, Henri-Victor (1929). Les preuves anatomiques de l'origine monophylétique de l'homme. *Anthropologie*, XXXIX, 77–101.
- Valls, Arturo (1980). *Introducción a la antropología. Fundamentos de la evolución y de la variabilidad biológica del hombre*. Barcelona: Labor.
- Viré, François (1986). Kırd. En Clifford Edmund Bosworth et al. (Ed.), *Encyclopedia of Islam* (V, 131–134). Leiden: E. J. Brill.
- Walton, Lee Barker (1930). Studies Concerning Organisms Occurring in Water Supplies. *Ohio Biological Survey Bulletin*, 24, 1–86.
- Whittaker, Robert Harding (1959). On the Broad Classification of Organisms. *Quarterly Review of Biology*, 34, 210–226.
- Woese, Carl Richard y Fox, George Edward (1977). Phylogenetic structure of the prokaryotic domain: the primary kingdoms. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 74(11), 5088–5090.
- Woese, Carl Richard, Kindler, Otto y Wheelis, Mark L. (1990). Towards a Natural System of Organisms: Proposal for the Domains Archaea, Bacteria and Eucarya. *Proceedings of the National Academy of Sciences of USA*, 87, 4576–4579.
- Zacharias, Kristen Longenecker (1980). *The Construction of a Primate Order: Taxonomy and Comparative Anatomy in Establishing the Human Place in Nature (1735–1916)*. Ph. D. Dissertation. Baltimore: The Johns Hopkins University.